

Allí te encontré, Señor

Babilonia



Grupos Maristas de Encuentro

Pongo un camino en el desierto (Is 43, 19)

Una de las grandes experiencias históricas del pueblo de Israel fue, sin duda, el destierro en Babilonia. Destruída Jerusalén y lo que es peor, arrasado el Templo de Dios por el rey Nabucodonosor, el pueblo santo se siente totalmente perdido. Todos los referentes desaparecen en una tierra extranjera y brota a raudales el miedo a que estén viviendo el final de su historia, como pueblo y como personas. Babilonia es el símbolo de la desolación, de la oscuridad, de la pérdida de lo que parecía seguro. Pero, incluso en esa experiencia terrible del destierro, de la vuelta a la esclavitud, Israel aprende cosas, de sí mismo y de Dios, del Dios que, al final, «construirá senderos en el páramo» y los volverá a guiar a la libertad, más sabios, más conscientes de que la única base firme no es ni el poder ni la fuerza, sino Él.



Una historia de sabiduría cristiana...

El exilio de Babilonia

El pueblo de Israel vive como reino unido por poco tiempo. Tras la muerte de Salomón, el reino se divide en dos estados: el estado de Israel, al norte, con capital en Samaria, y el estado de Judá al sur, con capital en Jerusalén. Pese a la prédica de los profetas, que claman para que los gobernantes (y todo el pueblo) no olvide que Dios es Dios de justicia y libertad, Israel establece un estado injusto, por la opresión de los pobres que son vendidos como esclavos. Y, como sucedió con el Faraón de Egipto, el que se comporta como un opresor, cae víctima de su propia dinámica, y es oprimido por otro más fuerte. El reino del Norte desaparece engullido por Asiria.

El reino del Sur, Judá, a pesar de los gritos del profeta Jeremías, no quiere aprender la lección y, como era una sociedad violenta y opresora, acaba siendo destruida por otra más fuerte. Jerusalén es conquistada en el 587/6 a. C. por el rey neobabilónico Nabucodonosor II, el Templo destruido, la ciudad arrasada y una parte importante del pueblo es deportada a Babilonia.



Provincia Ibérica

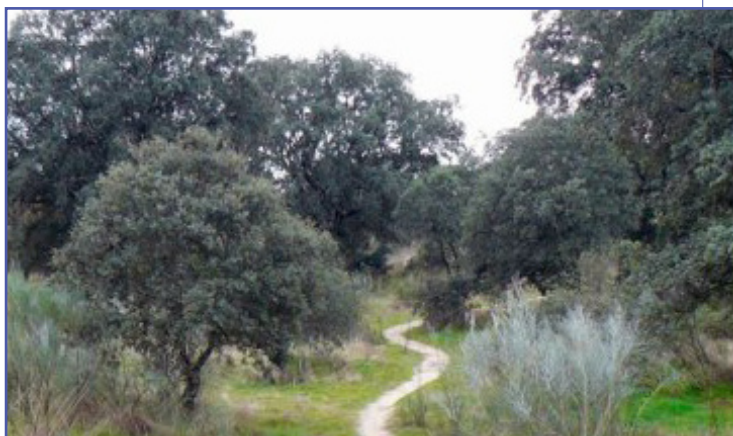

maristas



La experiencia religiosa de Israel se basaba en ese momento en la conciencia de la Alianza de Dios con Israel. Si Israel cumplía la Ley de mínimos morales del decálogo (Diez mandamientos) y vivía en justicia, Dios sería su Dios y viviría con ellos en el Templo de Jerusalén. El signo de esta Alianza era la triple promesa: una tierra, un rey, un templo. Ahora, todo se ha perdido: ni rey, ni templo, ni tierra. ¿Qué futuro le queda a Judá? Solo

llorar lo perdido y, como un campo de huesos secos, esperar la muerte...

O quizá no. Un profeta se elevará en medio de la desolación y proclamará la esperanza contra toda esperanza: Ezequiel. El profeta afirma que Dios insuflará aliento en los huesos secos y estos volverán a vivir (Ez 37, 1-14). La esperanza en el Dios de la libertad nunca puede morir. Otro profeta, el llamado «segundo» Isaías, insistirá: igual que Dios nos sacó de Egipto, Él pondrá **«caminos en el desierto, senderos en el páramo»** (Is 43, 19).



Y así fue. El pueblo vuelve a la tierra. Al final, incluso Babilonia, el centro del mal, se convertirá en fuente de vida: Esdrás, un escriba, vendrá de Babilonia a la nueva Jerusalén restaurada para dar un nuevo rey al pueblo, el único rey posible: la reina Torah (la Ley de Dios).

... para nuestra vida. De la noche brota la luz

Es muy posible que todos hayamos vivido la experiencia de la desolación. En un momento de nuestra vida sentimos que lo que teníamos claro y asentado, lo dado por supuesto, se tambalea. Una enfermedad, un accidente, la muerte de seres queridos, la pérdida del trabajo o una injusticia sufrida en carne propia, nos desajustan, nos sacan de nuestro estado de seguridad. Perdemos los referentes y surge la inseguridad. Entonces, es normal que estemos tentados de perder la esperanza, de sentir que ya no hay futuro. Nos sentimos como los huesos secos de la visión de Ezequiel.

Sin embargo, en Jesús, el Cristo, fiel hasta la cruz, sabemos que Dios no nos abandona. Como María, a veces no comprendemos lo que nos toca vivir pero, en la oscuridad, esperamos en el Dios de la vida y la libertad. «Guardamos en el corazón» (Lc 2, 51) lo vivido y tenemos la conciencia de que la noche precede a un nuevo amanecer.

Es verdad, no saldremos iguales de la prueba.



Cargaremos con las heridas de la esclavitud, pero también tendremos la oportunidad de ser más sabios, más profundos, de aprender a confiar siempre en la única fuente de paz y salvación, el Dios que me «sacó de Egipto».

La travesía del destierro convierte a Israel en un nuevo pueblo, que sabe que solo hay un verdadero rey: Dios. Al igual que Job, que pierde riquezas, hijos y salud, que pierde la triple bendición de Dios según el Antiguo Testamento, el sinsentido nos lleva a despejar nuestra vida de todo lo accesorio y proclamar, al clarear el día: «antes te conocía de oídas, pero ahora te han visto mis ojos» (Jb 42, 5).

Dinámica para la reflexión

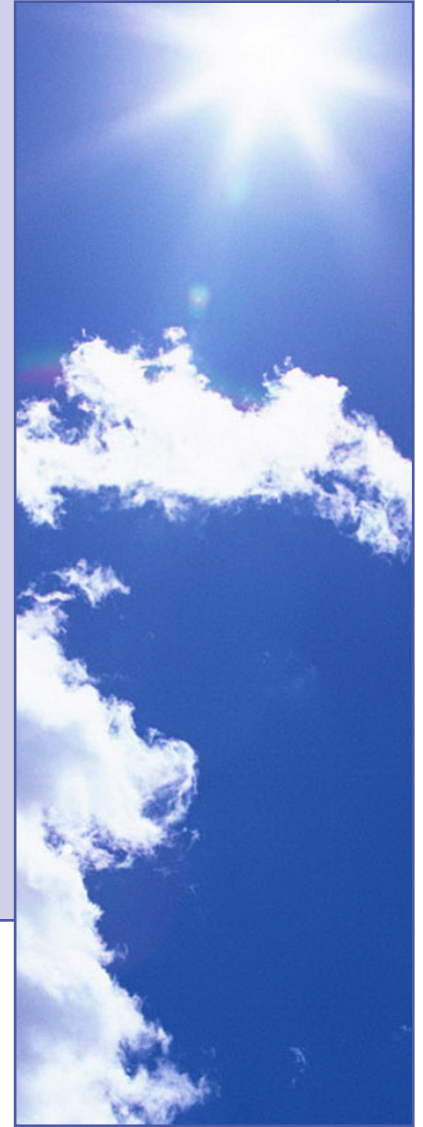
Se sugiere que cada persona de la reunión disponga de las dos tarjetas adjuntas.

Ponemos en ellas nuestro nombre.

Colocamos las de la noche en círculo con una vela apagada en el centro y nos guardamos la del día.

Dedicamos unos minutos para tomar conciencia de nuestros momentos de noche, y en la tarjeta del día escribimos una palabra que sintetiza lo que hemos aprendido de esa experiencia de «noche» en nuestra vida y la compartimos.

Al acabar de compartir, dejamos la foto del día sobre la de la noche y encendemos la vela, como símbolo de la luz que vence a la oscuridad.

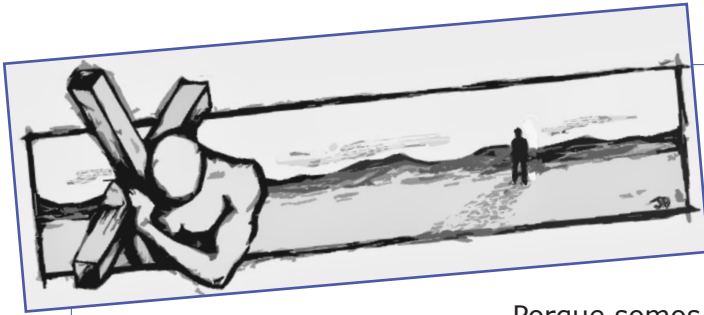


Momento de oración

El pueblo de Israel caminó junto a Dios (Yaveh) con más o menos fidelidad, pero nuestro Dios nos mostró en Jesús que solamente Él es fiel y que no nos dejará nunca de su mano. Si nos unimos a la mesa de su banquete de amor podremos compartir el don de ser parte de su pueblo. A veces nos cuesta darnos cuenta de este regalo.

Canción. Somos tu pueblo (Fernando Leiva)

Sí, me levantaré, dame fuerzas hoy Señor para volver.
En tu mesa hay un lugar para mí, esperando.
Sé que hay un lugar para mí en tu corazón, me levantaré.



Caminaré desde hoy
junto a tu pueblo,
bendecido y restaurado por tu amor.
Desde hoy, yo tomare mi cruz.
Desde hoy, Señor,
puedes contar conmigo.

Porque somos tu pueblo, tú Señor, nuestro pastor.
Y hoy sentados a tu mesa, compartimos el pan de la salvación. (2)
El Pan de vida, que nos da la Vida.

Sí, lo aprendí de ti: «El que coma de mi cuerpo vivirá.
Y el que beba de mi sangre, no morirá jamás».
En tu mesa hay tanta vida para dar, me levantaré.

Porque somos tu pueblo, redimido por tu amor.
Y en la mesa de la vida somos parte del cuerpo del mismo Dios.
En el Pan de vida que nos da la Vida.

Salmo 43. Salmo entre la luz y la sombra de nuestra historia (adaptación)

Oh Dios, nos lo han contado, lo hemos leído: es nuestra historia.
Tú has ido formando un pueblo a lo largo de los años;
lo sacaste de la esclavitud y lo condujiste por el desierto,
camino de una tierra nueva, la Tierra prometida.

Señor, éstas son nuestras raíces en la fe;
éstos son los signos maravillosos que hiciste con tu pueblo.
A tu paso, con tu pueblo, entre las naciones, abriste siempre sendero
cuando el pueblo confiaba en ti.

Fuiste grande con un pueblo débil, testigo ante las naciones.
Y cuando el pueblo era fiel a tu ley, a tus mandatos,
la luz de tu rostro resplandecía en sus tiendas.
Fuiste grande con ellos, y dejaron en su historia, tu historia.

En sus páginas, vividas día a día, paso a paso,
han dejado esculpidas letras con luz y sombra.
A pesar de sus miserias y pecados,
siempre fuiste el orgullo de su historia.

Ahora, Señor, nos sentimos pequeños y a veces confundidos;
Sentimos, Señor, como si estuvieras ausente y caminásemos solos:
Somos pocos, Señor, y con frecuencia dispersos;
y a veces sentimos con fuerza el límite y la impotencia.

¿Dónde estás, dónde te escondes, quién te oculta?

¿Dónde estamos, los que nos
llamamos creyentes?

Aunque parezca que mu-
chos te han olvidado;
nosotros queremos, Señor,
seguirte por el sendero de
la Vida.

¡Ayúdanos, Señor, a verte
en nuestra historia!



Ven a seguir haciendo historia en nuestra debilidad,
como lo hiciste con nuestros antiguos padres,
y sigues haciendo hoy, con cada uno de nosotros.